

— ¡Haya paz, joven, haya paz! exclamó Sedeño guiñando su ojuelo verde que parecía una uvilla pelada; haya paz, que al fin usted no ha de regenerar el mundo; los juaristas llegaron ayer después de pelear en las Cumbres de Acultzingo; dicen que triunfaron; pero, la verdad yo no sé qué triunfo sería ese si llegan á encerrarse á Puebla... Dios dirá... Y ahora, sírvanse pasar á su casa; esta es, porque vivirán en ella y porque ya vivo yo.

- Y entraron en la casuca.



CAPITULO II

En la casa

RENUEVA, oh musa, el victorioso aliento para que recuerde los particulares de aquella casa, en que se desarrollaron tantísimos lances dignos de conservarse por la Clío pequeñita que debe de haber para narrar los bajos hechos de los héroes de talla minúscula.

Nada atraía las miradas sobre el edificio; era vasto, triste, veteado aquí y allá del musguillo verdinegro que deja la lluvia, y coronado por media docena de enormes gárgolas que representaban rostros de endriagos ceñudos y malhumorados. Suelen decir que las ventanas son á las fachadas de las casas lo que los ojos á las personas; si tal cosa fuera cierta, habría que convenir en que aquel caserón era tuerto, ó que por lo menos veía mal: una ventana de buen

tamaño y varias aberturillas que flotaban entre la aspillera y el respiradero, era cuanto salía al exterior, dejando transparentar algo de la vida de aquella colmena... Miento, que algo más había para delatar la presencia de personas en el sitio: una cortina de indiana roja en la abertura principal, un zenzontle cantador en un ventanillo, y en los demás sendas macetas de albahaca olorosa, tomillo y orégano para la comida, ó poleo para el catarro y los dolores de cabeza.

Al zaguán, que era ancho y con honores de vestíbulo de iglesia, debía seguir un patio conventual; mas cuando el iluso visitante había hecho chasquear las losas que cubrían el caño y creía salir á terreno libre, daba de manos á boca con una escalera de ladrillo que, como centinela celoso que lanza el quién vive y atraviesa el fusil al paso de los importunos, se interponía sin dejar ver ni pizca para el interior. Mas todo era contar con algo de maña: bastaba costear el escalerón para hallarse en mar libre; allá, á lo lejos, se distinguían muchas mujeres atareadas que lavaban en piedras, más distante se veía una taballeriza en que asomaba las puntas de las orejas un asno filosófico, y en el último término un recinto cerrado por palos en que un gallo pregonaba su importancia mientras le oían sumisas y satisfechas una docena de gallinas gordas y bien criadas. Arriba, bajo un corredor inundado de sol, tres puertas tenían pintado con

almagre el número que á cada una le correspondía: 15, 16, 17.

— Jesusita, preguntó Sedeño con mucha urbanidad,



¿no se sirve prestarnos la llave de la habitación vacía?

— Con todo gusto, señor don Bernabé.

Se oyó la caída de unas tijeras, el menear de muchas llaves, y al fin una viejecita con el cabello alborotado y que se clavaba cuidadosamente una aguja en la abierta

camisa, llegó conduciendo una llave herrumbrosa y de gran tamaño.

— Usted, trabajando con la fresca, dijo el viejo.

— ¿Qué se ha de hacer, señor? tengo que apuntar toda la ropa de los monacillos, que ya sabe usted que como *rompelones*, son de lo que no hay.

— ¡Que si son! exclamó don Bernabé guiñando el ojo á todas partes y haciendo un gesto de inteligencia, como si hubiera comprendido todas las tunanterías del mundo.

Subieron la escalera angosta, descubierta, incómoda, verdadera escalera de celosos, como el casullero dijo, matizando la frase exquisitamente.

— Observe usted ahora, señor de los Olivos, continuó el sacristán, qué construcciones éstas: aquí no hay nada de adobe; los pilares no están hechos de madera, ni los pisos tienen ese ladrillo poroso que es la especialidad de México; ni faltan los lindos corredores volados que tan útiles son en las casas; ni son raros, sino muy comunes, los ladrillos esmaltados á la usanza moruna... Y es que aquí tuvimos una dinastía de alarifes andaluces que valían cualquier cosa... Vea usted, á esa piedra encajada en la pared la llaman *can*; á la que le sigue y se apoya en ella, *pescón*... Lindo artificio, ¿no es cierto...? Tampoco podía conseguirse esto más que en Puebla... Vea no más qué piedra; casi no tiene poro... Fuerte es y de duración inacabable como los poblanos que viven cerca de sus

canteras... Y el chiquitín se golpeó el pecho, y al golpe se tambaleó como si le hubieran quitado súbitamente la base de sustentación.

Miguel y Eugenia se fijaron en esto en el gracioso viejo, y á un tiempo echaron de ver algo que no habían notado en lo obscuro de la catedral; don Bernabé tenía el párpado del ojo izquierdo bajo y paralizado, y los del otro rojizos como si estuvieran hechos de venas de chile ó volteados al revés por diversión.

— Aquí tienen ustedes los reales aposentos donde han de descansar, dijo burlón el del párpado inmóvil: perdonen vuesarcedes si los tapices de Flandes y las alcatifas de Persia no están aún en su lugar; pero ellas, y los siales y los vargueños y los cuadros vendrán en seguida.

A Eugenia le pareció de muy buena sombra el chiste y rió á más y mejor.

— Óyete, Miguel; parece que estoy escuchando á mi mamacita: porcelanas por aquí, bronces por allá, cuadros por acullá... ¡pobrecita!... ¡Dios sabe qué le habrá sucedido y cómo habrá tomado nuestras cosas!

El casullero, viendo que le celebraban el chiste, se aprestó á reirse y á soltar nuevos primores de su ingenio; mas como notara que los huéspedes hablaban de cosas que le sabían mejor que un *camotito de Santa Clara*, puso el oído atento y oyó á Miguel decir con negligencia:

— Vamos; ni te preocupes por ella: es como si el mendigo que pide las sopas en casa de Martín Daran, se afligiera por si el banquero alcanzará para comer hoy; manducando ha de estar ella frente á frente de no sé cuántos emperadores, príncipes, senescales, archipámpanos y bajaes de tres colas... En cuanto á lo que piense de nosotros, me tiene tan descuidado como las pulgas que se están chupando la sangre del nieto de la primera azafata de Isabel II.,. Casados estamos en haz y paz de la santa Iglesia y de la santísima ley; y, ó bien llego yo á príncipe, mariscal ó cualquier cosa gorda, ó tú bajas á subteniente de caballería con doce reales diarios (cuando los haya) y obligación de mantener caballo... Y de los dos extremos el segundo es el que se va realizando, como si lo hubieran vaticinado los profetas.

— Esta es la sala, decía Sedeño; vean qué grande y qué hermosa: su pavimento de recinto, lo tiene como las otras piezas; siguen dos recámaras, una grande y capaz, otra más reducida... Aquí está la cocina de campana, el común y una azotehuelita para lavar y tender ropa... Bien que no es necesaria, que hay un patio tamaño donde pueden poner á solear cuantas mudas traigan consigo si algun día lo necesitan... Vean qué techos tan altos, qué muros tan gruesos, que apenas los abarca un hombre, qué puertas tan seguras... Esto



...;Eufrasia, Eustasia, Gervasia, Protasia! ..

está hecho de coste y costas, no como su famosa ciudad de los palacios, que parece de alfeñique... Noten ustedes; no hay mal olor... ¿qué tal? ¿Verdad que aquí sí debe de haber salud y vida arreglada?... Y todo por cinco pesos cada mes, me parece regalado.

— Pues tomo el departamento, señor Sedeño, lo tomo, recalco Miguel, y ahora que venga el mozo que trae nuestras cosas, y quedaremos instalados.

— Pero no me iré á mis ocupaciones sin presentarles con mi familia... ¡Eufrasia, Eustasia, Gervasia, Protasia!

Deben las mujeres de haber estado espiando lo que acontecía, porque salieron como surgen por escotillón las brujas en comedia de magia. Al mirar á todas aquellas muchachas, se maravillaba el entendimiento de la igualdad que existía entre ellas: Gervasia era el retrato de Eufrasia, Eufrasia el de Eustasia, Eustasia el de Protasia y todas eran tan semejantes entre sí, que parecían copias hechas á máquina. Eran bajas de cuerpo, delgaduchas, morenitas, con ese color de cera de Campeche que denuncia una vida de afanes y hasta de hambre; todas vestían falda negra, todas traían en la mano sendos zorros con que de seguro hacían el aseo de su casa, y tenían un distintivo con el cual era imposible toda falsificación: unas narices chatas, estranguladas de la base, abiertas de la punta, dirigidas hacia arriba como las de los caballos venteadores, y mostrando

unas ternillas oscuras que daban idea de un continente negro.

— Aquí estamos, papá.

— ¿Qué deseas, papá?

— ¿Qué mandas, papá?

— Papá, no sabíamos que estuvieras aquí...

— Aquí estoy y bien acompañado... Este señor oficial y su mujer, que es la que está presente...

— ¡Ay, qué mona!

— ¡Preciosísima!

— ¡Pero si es una criatura!

— ¡Parece un dulce!

—... Vienen, prosiguió Sedeño sin hacer caso de la interrupción, á vivir en la casa. Ya le he dicho á mi amigo que ustedes le ayudarán á la señora en cuanto puedan... si es que él tiene que ir á batirse, á hacer servicio ó á cualquier otra cosa.

— Pues nos tiene usted á sus órdenes, dijo la primera muchacha con voz tipluda, y «pues nos tiene usted á sus órdenes», repitieron todas en el mismo tono.

— Bueno, bueno, dijo Sedeño; yo me voy á mis negocios, que todo lo dejé tirado por allá, y ustedes se encargarán de agasajar y hacer la corte á la pareja... Guapitos, ¿eh?

— Sí, papá, dijo una, prestando por las otras voz y canción.

— Preséntenles con los vecinos, denles noticia de todo, y mientras se instalan, tráiganles unas sillas, unas camas, la mesa chica; en fin, á ver cómo los ajuarean.

— Sí, papa, repitió la vocera.

— Bueno, bueno, hasta luego; ya saben que á las doce estoy de vuelta.

— Sí, papá...

La visita empezó —¿por dónde había de empezar?— por la habitación de las niñas Vacas, á quien llamaba Sedeño «las santas mujeres.» Eran tres entre los quince y los cincuenta años, de esas que las gentes llaman *güeras desabridas*, es decir, de esas en que el rubio, indeciso y como sucio de la cabeza, se halla de acuerdo con el rostro morenito, amarillento y manchado y con los ojos color de *charco revuelto*. Sin embargo, las Vacas producían una rara ilusión: la de que llevaban cabeza propia y cuerpo ajeno, pues mostraban, á pesar de las ropas desgobernadas y holgadísimas, una opulencia de curvas y hundimientos que habrían hecho la desesperación de un santo.

Nadie había sabido que las Vacas hubieran tenido nunca amoríos, ni oído cortejos, ni ocupádose en nada que no fuera sus dulces, sus flores y sus viandas; mas he aquí que de repente la mayor, Antonia de Jesús, empezó á entristecerse, á tener crisis de lágrimas y á quejarse de dolores agudísimos en la cabeza; he aquí